

Volviendo á Méjico... tienen allí un don Ignacio M. Luchichí que vale cualquier cosa.

Con tal que la cosa no valga más que el señor Luchi...*chí* (no sé si hay más *chies*), que como poeta, no valdrá mucho más que Cánovas.

En lo demás no me meto.

Conozco del señor Luchichí una composición titulada *Crepuscular*, publicada en un periódico mejicano, á la vuelta de un artículo sobre higiene.

Y la conozco porque mis amigos de Minatillan me la remitieron.

Está escrita en *pidalinos*, ya que *alejandrinos* en general no se pueda llamar á sus versos, porque son demasiado malos.

El señor *Lu...* y dos *chies* se dirige á una niña, la cita en corto, y la suelta una composición á un tiempo, en esta forma:

«¡Oh, niña! eres á un tiempo la Gracia y la Belleza,  
(Así, con letras grandes lo escribe Luchichí.

Ya pueden ver ustedes la cosa cómo empieza,  
Y viendo cómo empieza, cómo ha de concluir.)

No son estos precisamente los alejandri-  
nos, digo, los pidalinos del señor don Ignacio,  
sino estos otros:

«Oh, niña! eres á un tiempo la Gracia y la Belleza.  
El ideal que un día mi espíritu soñó;  
En tus serenos ojos irradia la pureza,  
Y vierte tu mirada perfume y esplendor.»

¿De veras, señor Luchichí?

Usted lo dice y así será; pero casi no se  
puede creer.

Porque, mire usted, lo del esplendor podía  
pasar. Aparte de lo impropio del verbo *verter*,  
podía pasar que una mirada *vertiera* es-  
*plendor*.

Pero *perfume*... Una mirada *verter* perfume,  
es la *versión* más inverosímil que puede ima-  
ginarse.

Después pone el señor Luchichí una aspa,  
es decir, un signo de multiplicación, y con-  
tinúa:

«Tú tienes el encanto de la melancolía;  
Se *dobra*, como un lirio, tu cuello de marfil...»

¡Por Dios, señor Luchichí!... El marfil no  
se *dobra*, por lo menos cuando tiene el grue-  
so de un cuello. ¡Qué se ha de *doblar*!...

¡El afán de buscar imágenes!...  
Podía usted haber comparado el cuello de  
la niña con el marfil, por el color.

Y podía usted haberle comparado con el  
lirio, por la esbeltez, por la flexibilidad...

Pero compararle con las dos cosas á un  
tiempo, es lo peor que se le pudo á usted ha-  
ber ocurrido.

Siga usted:

«Tú tienes el encanto de la melancolía;  
Se *dobra* como un lirio tu cuello de marfil;  
Y si temblando estrecho tu mano *entre la mía*...»

Tampoco, señor Luchichí, tampoco eso está  
bueno.

Una mano podrá ser estrechada *por* otra  
mano, ó *con* otra mano; pero no *entre* otra  
mano; porque para que se pueda decir *entre*  
ha de haber á lo menos otras dos manos.

El mismo Diccionario de la Academia,  
aunque malo, se lo enseña á usted, al definir  
la palabra *ENTRE*, puesto que dice:

*ENTRE* (del lat. *inter*.) Preposición que sirve  
para denotar la situación ó estado *en medio*  
*de dos ó más cosas ó acciones*»

¿Lo ve usted, señor Luchichí?

En medio de dos ó más cosas.....

De modo que se puede decir «*entre* las ma-  
nos», ó «*entre* los dedos de la mano»; pero no  
«*entre la* (mano) *mía*», como usted dice.

No lo vuelva usted á decir, y... adelante.

«Y si temblando estrecho tu mano *entre la mía*,  
Parece una paloma que pugna por huir.»

¿Quién parece una paloma, señor Luchichí,  
la mano de la niña, ó la de usted, ó el cuello  
de marfil que *se dobla?*.....

Porque no está claro del todo.

Aparte de que lo de la *pugna* es muy pro-  
saico.

Ese *«que pugna por huir»*, pugna verdade-  
ramente por marcharse del verso.

A otro cuarteto:

«Cuando tu *pie de ninfa crujir* hace las hojas  
Los pájaros del bosque *se ponen á cantar*.....»

No es cierto. No se lo creo á usted, señor  
Luchichí.....

Si las hojas *crujen*, lo cual tampoco debe  
de ser verdad, los pájaros del bosque huyen  
asustados por el crujido.

Yo creo que el *pie de ninfa* de la niña, ó  
los pies, porque supongo que tendrá dos, no  
harán *crujir* las hojas; es decir, que ese verbo  
me parece demasiado fuerte.

Pero si *crujieran* las hojas, ¿por dónde irían  
los pájaros!

Y aunque no crujan las hojas al paso de  
la niña, no *se ponen* los pájaros á cantar. ¿Por  
qué se han de poner?

Pero todavía dice usted que sucede más  
cuando hace *crujir* las hojas el *pie de ninfa*.  
Dice usted que

«*Se abren* los jacintos y las camelias *rojas*...  
Y el viento *de la tarde* suspira en el trigal.»

Bueno; que suspire.

Pero será si el *pie de ninfa* de la niña hace  
*crujir* las hojas *por la tarde*. Porque si la  
niña va al bosque por la mañana, ya no será  
el viento *de la tarde* el que suspire en el trigal,  
sino el viento de la mañana.

Digo, me parece.....

A más de que el primero de esos dos versos  
le ha salido á usted cojo; porque *se abren* no  
vale más que por dos sílabas, aunque usted  
quiera que valga por tres.

Para eso hay que decir *se jabren*, ó *se ha-  
bren*, á lo menos.

Y crea usted que no, que ni los jacintos ni  
las camelias se abren con hache.

Todo esto, aparte de que habiendo hecho  
usted *rojas* á las camelias, aunque fuera para  
que sirvieran de consonante á hojas, ha debi-  
do usted dar también color á los jacintos.

Para no faltar á la equidad.

Y porque de otro modo parece que los ja-  
cintos también son *rojas*.

Otra aspa.

Que quiere decir que sigue usted, señor  
Luchichí, aspando al buen gusto.

O si quiere usted que sea signo de multiplicación, quiere decir que sigue usted multiplicando los ripios.

Acércate.....

Bueno; eso no se lo digo yo á usted, señor Luchichí, que no le hablo de tú; eso se lo dice usted á la niña en el cuarteto siguiente:

«Acércate... Es la hora en que la luz se apaga:  
*Las nubes de Occidente semejan un dosel,*  
*Encima de la torre la golondrina vaga*  
Y en el desierto campo comienza á anochecer.»

¿Y en el pueblo no?

Pues antes me parece á mí que comienza á anochecer en el pueblo que en el campo, por desierto que éste sea; y por lo mismo que lo es, porque cuanto más desierto, hay menos objetos que corten la luz y por consiguiente dura más el día.

Además, la golondrina, á la que trata usted casi tan mal como Cánovas, pues dice usted que *vaga*, lo cual es casi lo mismo que llamarla *vaga ó aventurera*, como la llamó D. Antonio, no suele *vagar encima* de la torre, sino que suele revolotear por los lados y alrededor de la torre.

Parece que no ha visto usted golondrinas.

Y luego aquel segundo verso ¿se puede saber qué papel hace en la estrofa?

¿Qué tiene que ver que *las nubes de Occidente semejan un dosel*, con que *vague* la go-

londrina *encima* de la torre, ó con que empiece á anochecer en el campo desierto?

«No tiembles.....»

No, señor; no tiemblo.....

Pero no me atrevo á copiar el último cuarteto de usted, porque ha anochecido ya del todo, y, aunque dice el refrán que de noche todos los gatos son pardos, el de usted es verde.

Adiós, señor Luchí...chí...chí.....

(Con todos los *chies* que usted quiera, incluso el de *Las Dominicales*, que también se le regalamos á usted Ruiz Zorrilla y yo, si á usted le gusta.)

Hay también allá en Méjico un señor don J. M. Roa Bárcena, que viene á ser así como un vice-Cañete; es decir, un Cañete ultramarino.

Pues se parece á don Manuel Cañete como un huevo á otro huevo... siempre que los huevos estén hueros ambos.

En primer lugar, se parece el señor Roa Bárcena á nuestro don Manuel en que, como éste, ha ejercido alternativamente de poeta y de crítico.

Y luego se parece también en que, como crítico, es bastante malo, y como poeta... todavía es un poco peor como poeta.

«Como crítico—decía yo del Cañete de acá en los *Ripios Académicos*—como crítico... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable.»

---

(1) Se reproduce este artículo publicado en los *Ripios Vulgares*, porque aquí, en los *RIPIOS ULTRAMARINOS*, es su lugar natural, y se suprimirá en el otro libro al hacer la tercera edición.

Y lo mismo se puede decir del Cañete americano.

Porque de criterio, á la verdad, no anda del todo bien; pero lo que es conciencia no tiene ni pizca.

Por lo menos así lo da á entender un artículo muy largo, y muy soso, naturalmente, que ha publicado contra mi libro de *Ripios Académicos* el día 7 de Diciembre último en el periódico mejicano *El Herald*, en donde poniéndose á enumerar los *caprichos, dislates y errores* míos, dice:

1.º El empleo del adjetivo *edecuado* por *adecuado*, del latino *adequatus* (¡lo que sabe!.....)

Sospechando, sin duda, que los lectores no le van á creer, cita su texto correspondiente: «Más *edecuado* consonante es este, etc.» *Ripios Académicos*, pág. 249.»

Y asentándosele que aun después de leer la cita nadie va á tomar en serio la acusación, porque todo el mundo va á creer que es errata, añade muy grave:

«No es errata, porque repite la voz en otros pasajes.»

En lo cual el señor Roa Bárcena falta á la verdad como un... pobre hombre; porque no es en *otros pasajes*, sino en *otro* solamente donde se repite esa voz, claro que por errata,

en una segunda tirada del citado libro, hecha en ocasión en que yo me hallaba fuera de Madrid y no pude corregir las pruebas, pues en la primera edición dice *adecuado* siempre que se emplea este adjetivo.

Pero lo más grave del caso, ó si se quiere lo más gracioso, es que en esa misma segunda tirada no corregida, que se conoce que es la que ha visto el señor Roa Bárcena, y que tiene otras varias erratas, como *implazado* por *emplazado*, *menes* por *menos*, *dudra* por *dudar*, *sobrenatural* por *sobrenatural*, las cuales no apunta el señor Roa Bárcena en la cuenta de mis dislates por misericordia; en esa misma segunda edición en que se lee *edecuado* en la pág. 249 y en *otro pasaje*, se lee también, y es de suponer que el señor Roa Bárcena leyera antes, á no ser que empiece á leer los libros por lo último, se lee en la pág. 55, líneas 10 y 11, lo siguiente: «Las imágenes han de ser *adecuadas*». Y en la página 84, líneas 8 y 9, se lee: «¡Vaya una imagen natural y *adecuada*!» Y en la pág. 125, línea 25, se lee: «Un título *adecuado*.»

Todo esto en el mismo libro y en la misma edición que vió el señor Roa Bárcena.

Con que díganme ustedes, dónde está la conciencia de un crítico que después de haber leído en tres distintas páginas de un libro *adecuadas, adecuada y adecuado*, porque encuentra luego en el mismo libro dos veces

*edecuada*, dice que es un *dislate* del autor y asegura muy formal que NO ES ERRATA.

Nada; que no tiene conciencia.

Y todavía en el número 7.º de la cuenta de los *dislates* dice de mí: «Da gravemente á don Alejandro Pidal la regla—de su propia cosecha—de que cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si el verbo se ha de referir al primero de ellos hay que expresarlo claramente, pues de no hacerlo así, se referirá siempre el verbo al sustantivo más inmediato.»

En lo cual también miente como un... académico el señor Roa Bárcena. Porque ni nunca he dado yo al señor Pidal esa regla, ni esa regla es de mi propia cosecha, sino de la del pobre Cañete mejicano.

Lo que yo he dicho censurando un disparate gordo del señor Pidal, es esto:

«Cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si se quiere que un verbo se refiera al primero, hay que decir *aquél*, y si se dice *éste* ó *ése* se refiere siempre al más inmediato.» *Ripios Académicos*, pág. 38.

Lo cual no es lo mismo.

Y lo dije porque Pidal había dicho en un discurso: «Yo que no tengo hiel en el corazón, y no por mérito propio, sino porque se me ha negado *esa* entraña.....»

Donde, queriendo decir que no tiene hiel, dice que no tiene corazón, por falta de sin-

taxis. Aparte de la barbaridad fisiológica de suponer que la hiel está en el corazón, cuando está en el hígado.

Pues bueno. ¿Qué conciencia puede tener un crítico que cita en falso y falta á la verdad con la frescura con que lo hace el señor Roa Bárcena? ¿Y qué caso hay que hacer de un crítico tramposo y farandulero que atribuye á los autores lo que no dicen, llama *dislates*, etc., á las erratas notorias de imprenta, y trata de engañar á los lectores asegurándoles que no son erratas?

No hay que hacerle caso ninguno.

No hay más que decirle que se vaya á..... donde se fue el padre Padilla. (1)

Pero si no merece atención el Sr. Roa Bárcena como crítico, bien merece como poeta un rife-rafe.

O si no como poeta, porque no lo es, como perpetrador de versos; porque efectivamente los ha perpetrado.

Y yo he descubierto el delito por..... iba á

(1) Porque no me entretuve en refutar uno por uno los siete ú ocho cargos *numerados* que me hacía el señor Roa Bárcena, salieron el *duque Job* y otro pobre hombre llamado Ancona, en dos periódicos de Méjico, cantando victoria y diciendo que de sólo dos cargos había conseguido librarme.

No es eso, pobres diablos, no es eso. No es que no pudiera refutar los otros párrafos numerados del artículo del señor Roa Bárcena, es que no me lo propuse, ni había para qué, pues eran tonterías sin fundamento. Lo que me propuse y lo que hice fué demostrar que el señor Roa Bárcena es un crítico tramposo y farandulero, que cita en falso, y de quien por consiguiente no se puede hacer caso ninguno.

decir por casualidad, pero no lo digo. Le he descubierto porque tengo, aunque no sea mío el decirlo, mejores narices que la generalidad de los jueces de instrucción, y no cojo el rastro al revés como ellos.

Desde que leí el artículo del Sr. Roa Bárcena en *El Herald*, se me asentó que el señor Roa Bárcena había escrito versos.

Un crítico tan malo, no podía menos de haberse metido también con la poesía.

No podía menos.

Y ya con esta presunción, es claro... ¿Dónde les parece á ustedes que había yo de ir á buscar el cuerpo del delito?

A casa de la gran encubridora de los delitos de esa índole: á las columnas de *La Ilustración Española y Americana*.

Y efectivamente, en el primer tomo que acerté á coger, que fue uno del año de 1880, encontré una *cosa* que se llama *Las aguas en el Valle de Méjico* y que, terminando con la firma de J. M. Roa Bárcena, empieza así:

«Valle ameno, ciudad de los aztecas...»

¿En qué quedamos? ¿Se dirige usted al valle ó á la ciudad? Porque convendría saberlo con tiempo para evitar equivocaciones.

Siga el Sr. Roa:

«Valle ameno, ciudad de los aztecas,  
A que el rayo del sol con amor baja...»

«¡Bueno! ¿Lo ve usted? Suponiendo que eso de *á que el rayo del sol...* no sea una apuesta, aunque esa misma forma «*á que*» es la que se emplea para apostar; suponiendo que la *á* quiera indicar el sitio á donde baja el rayo del sol, con amor ó sin él, que eso es lo mismo, ya no se sabe si baja al valle, ó baja á la ciudad, ó baja á la ciudad y al valle.

¿Quiere usted decir que el valle y la ciudad son una misma cosa?

Corriente, pero llame usted á esa cosa de una sola manera para que no nos confundamos.

Y luego, que baje el rayo del sol *con amor* ó con ripio ó con lo que usted quiera.

Adelante:

«Valle ameno, ciudad de los aztecas,  
A que el rayo del sol *con amor* baja,  
Que la choza infeliz de lodo y paja  
Por ricos templos y palacios truecas...»

¡*Porricos!*..... ¡Qué mal oído tiene usted, señor Bárcena!

Y ¿quién es el que trueca la choza *porricos* ó por ricos, etc.? ¿Es el valle? ¿Es la ciudad?

Y sea quien quiera, ¿qué significa eso? ¿Cómo puede trocar un valle una choza *por ricos templos?*.....

Pero sigamos á ver en qué para:

«Y de mansión de humildes pescadores,  
Del lago en lo profundo



Tus cimientos echando,  
Bajo *propios* y extraños pobladores  
Te fuiste al *propio* impulso levantando,  
La primera *hasta ser* del Nuevo Mundo!

«Tus cimientos echando... bajo *propios*.....  
al *propio* impulso... la primera *hasta ser*.....»  
¡Vaya una poesía!...  
Y sigue:

«¿Qué hiciste de las ondas  
Que en tu *recinto ayer rizaba* el viento?...»

Y eso ¿á quién se lo pregunta usted?  
¿A la ciudad ó al valle?  
De todos modos..... «*Recinto ayer rizaba*...»  
Insisto en que tiene usted muy mal oído.  
Ande usted:

«Su dominio usurpaste  
Y en *atrevido prodigioso engaste*...»

Verdaderamente que es un engaste muy  
atrevido, como verá el que siga leyendo.

«Y en *atrevido prodigioso engaste*  
De *ellas* surgió tu firme pavimento  
Y al llano *en tu redor* las arrojaste...»

Vamos, que es engastar!  
Y arrojar... *en tu redor*.....

«¿No temes que irritadas,  
Sin que su enojo aplaquen *largos siglos*...»

Cánovas llamaba *cortos* á los años. Este

llama *largos* á los siglos..... Todos los malos  
poetas tienen afinidades.

«¿No temes que irritadas,  
Sin que su enojo aplaquen *largos siglos*,  
De los excelsos montes *acotadas*,  
(¡Vaya un *acotamiento*, camaradas!)  
Que á tu *espléndido valle* dan corona...»

¡Ah! ¿Con que empieza usted dirigiéndose  
al valle, sigue usted haciéndonos creer que  
siempre que dice *tú* se refiere al valle, y luego  
sale usted diciendo: *á tu espléndido valle*?

Al *valle* del *valle*.....

Es como si yo le dirigiera á usted una carta,  
que no se la dirigiré, y le dijera:

¡Oh, Roa, Bárcena! ese tu Roa critica muy  
mal, porque se distrae y emplea mucho una  
figura retórica que consiste en decir lo que  
no es; y ese tu Bárcena también versifica  
malísimamente.....

Es lo mismo que dice usted:

«Valle ameno,  
A tu *espléndido valle* dan corona.»

Por cierto que también es muy fea esta  
frase *dan corona*, aplicada á los montes.

Porque ha de entender usted que no es lo  
mismo *dar corona*, que dar gato por liebre,  
como hace *La Ilustración Española y Americana*  
cuando da versos de usted, y de otros  
como usted, á sus lectores.

Y vamos adelante:

«¿No temes (*suple valle*) que irritadas,  
Sin que su enojo aplaquen *largos siglos*,  
De los excelsos montes *acotadas*  
Que á tu espléndido valle dan corona,  
Revuelvan sobre tí, bella matrona,  
Cual Ponto airado en el preciso flujo,  
Y oro y poder con que indolente acorres...»

Sí; pero antes de que usted se nos escurra por ese laberinto de palabras sin sentido ni coherencia, díganos usted qué es lo que van á revolver las ondas sobre la ciudad ó sobre el valle.

Porque si no quiere usted que revuelvan nada, sino que se revuelvan ellas, ha debido usted decirlo así, con claridad: «Se revuelvan.»

¿Y qué es aquello del *flujo preciso*?  
Sigamos:

«Y oro y poder con que indolente acorres  
A la codicia extraña, al propio *lujo*,  
(¡Ya! Para esto era el *flujo*)  
Y tus soberbias cúpulas y torres  
(Para esto era el *acorres*)  
Tragnen al fin...»

¿Y qué van á tragar esas soberbias cúpulas y torres?... ¿O van á ser tragadas?  
No se le entiende á usted una jota.  
Y continúa usted:

«Subamos á la cumbre...»

Bueno; subamos. Pero se va usted á caer,

de seguro; porque no tiene usted buena cabeza para encumbrarse demasiado.

«Y cortando los limpios horizontes  
En *círculo fatal* los altos montes  
Peldaños de los tronos en que *aún reinan*  
Los de otra edad titanes...»

Los de otra edad titanes ¿eh? En una de fregar cayó caldera, como si dijéramos.

Á más de que, ¿cómo ha de ser poesía todo eso de que *aún reinan*, ni por qué ha de ser *fatal el círculo*?

Y sigue imperturbable el señor Roa:

«¡Cuán bello panorama,  
Y cómo en *edificios, montes, lagos*,  
(¡Ay! ¡qué *prosaicos* son estos estragos!)  
Del sol en su *cenit* brilla la llama!  
Mas alza su calor leves vapores  
Que en el éter *se juntan* y condensan,  
*Ancho y pardo* girón formando luego,  
(¡*Ancho y pardo?* será como un *talego*)  
En cuyo seno y desiguales *bordos*  
(¡*Vendrá un bando de tordos?*)  
Brama la tempestad con truenos *sordos*  
(¡Ya! Por eso los *bordes* fueron *bordos*)  
Y se agitan sus *áspides* de fuego...»

Y sigue el señor Roa *juntando y condensando* desatinos más ó menos *pardos* pero muy *anchos*, verbigracia:

«La nube, en las alturas vacilante,  
Su obscuridad y su extensión acrece...  
Y desciende hacia el suelo

*Cual de su propio peso ya vencida,  
En forma de serpiente cuya cola  
Azota el aire negra banderola.»*

¿Qué negra banderola es esa? ¿Qué hace ahí? ¿Es sujeto ó es complemento? ¿Y de qué verbo? Porque la que descende debe de ser la nube, y la que azota el aire debe de ser la cola de la serpiente, aunque también puede ser al revés, que el aire sea el que azote la cola, sin que en ningún caso la quede á la *negra banderola* papel ninguno que desempeñar ni activo ni pasivo.

Como no sea que azote al aire también, por hacer lo mismo que hará todo aquel que se empeñe en sacar sustancia de los versos del señor Roa, *Aerem verberare*, que dijeron los latinos, para simbolizar todos los empeños inútiles.

Y todavía sigue diciendo el señor Roa que

«Llega su boca *el monstruo* al lago hirviente  
Y onda y peces al par agita y sorbe  
(Vendrá detrás el orbe)  
Se encoge *cual sintiéndose* pisado  
(*Prosaismo marcado*)  
Y se retuerce amenazando al orbe  
(*Que ya estaba previsto y anunciado*)  
Y luego más hinchado  
(*Que Cánovas después que fue silbado*)...

Después de lo cual continúa el señor Roa con su perpetua falta de oído hablando de

unos ríos rotos y de unas *yertas* aguas,» que ¡cuidado que es gana de poner motes á las aguas, llamarlas *yertas!* y además *brunas*, en francés, aunque se conoce que es para concertar con lagunas, y por último nos dice que el valle ameno *«encogiéndose de hombros»* murmura... etc... con todo lo demás que se necesita para convencer al lector de lo que ya le dije al principio.

Es á saber: que el señor Roa es un vice-Cañete en toda la extensión de la palabra.